

brevienen durante las ausencias de Kundry; y Gurnemanz tan solo revela un a modo de presentimiento instintivo de la doble naturaleza eterna y de las «existencias anteriores» de esta mujer, que las maldice en su ansia de regeneración. Tan solo tiene el viejo para ella palabras de perdón para el pasado, de alabanza y gratitud para el presente, de consuelo y esperanza para el futuro. De las maldanzas de Kundry, y de su influencia en las de la Orden del Gral, revelan las palabras de Gurnemanz una mera sospecha, inconcreta, nebulosa.

Refiere luego el anciano, incidentalmente y como alucinado por tremenda visión, el hecho reciente de la caída de Amfortas en brazos de «una mujer de terrible hermosura», a la que evidentemente ignora; terminando el breve relato con las tristes palabras: «Es la herida que nunca quedará sanar»; palabras que con inefable sentido de hondo y poético desconuelo, repite cuando al regresar unos escuderos del lago le hablan del ilusorio alivio del Rey enfermo.

Instado por los escuderos, retrocede Gurnemanz a la historia de Titurel y del Santo Gral, antecedentes también primarios y fundamentales del drama.

Titurel es la voz del pasado; la voz que manda todavía desde la tumba, recordando sus deberes tradicionales a los caballeros de la Orden y a su Rey; sostenida por los destellos de gloria que el

santo símbolo, acaso por vez última, ha de difundir; por vez última si el pecado de su consagrado guardian no es redimido. Titurel es la Fé, en su fuerza y pureza originarias. A sus manos fueron confiadas por el Cielo las reliquias sagradas; el Gral, fuente de vida y de amor; la Lanza, emblema de pureza e inocencia; divinas armas de defensa contra las nefandas ambiciones y concupiscencias personificadas en los rencores del mago Klingsor, viva encarnación del espíritu de Luzbel.

Combatía Titurel las artes infernales del mago fortificándose y fortificando a sus Caballeros en el Castillo de la Fé, del Amor y de la Pureza; consciente de las flaquezas carnales y sus peligros; sabiamente desconfiando en sus fuerzas propias para debelar a la maldad de su antro.

La existencia de Titurel se acaba; el pasado fenecce, toca a su fin, en un resto de vida sostenido tan solo por el espectáculo amoroso del Gral. Es el alma—aún viviente en un cuerpo decrepito recluido ya en su tumba—el alma de las fuerzas impulsoras de salvación. Su voz, en este obscurecido reinado de Amfortas, con esfuerzo supremo ordena la perseverancia en la Fé y en el ejercicio de la misión sagrada; misión que para Amfortas, herido por su propio delito, los remordimientos han convertido en tortura. El Gral es vida; la vida, para el hijo degenerado de los tiempos robustos que fueron, es prolongación de sufrimiento; Amfortas des-

confía de su salvacion terrenal; no espera alivio sino en la muerte; en busca de la muerte huye del cumplimiento de su mision; y la privacion del Gral, fuente de Fé, acelera la muerte de Titurel. El pasado sucumbe en la sepultura del olvido, abierta por las pasiones y los egoísmos; Amfortas, desalentado, no puede ya darle aliento; la mision de la Confraternidad, privada tambien de los principios vitales y morales que del Gral emanan, es ya imposible sin el impulso de un espíritu primitivo, inune, simple, inocente y puro, capaz de amor, capaz de piedad y de compasion, capaz de renovar el pasado en una vida nueva; el elegido, el profetizado por el oráculo. Este es el redentor; y cuando el redentor surge, y el Gral revive, y el porvenir se reilumina con rayos de fé y esperanza, el cadáver del pasado se yergue por última vez en su féretro para bendecirlo.

«Titurel, el héroe virtuoso, ese le conoció bien.» Gurnemanz habla de Klingsor, de la soberbia satánica y de la voluptuosidad humana su instrumento; de Klingsor, nueva encarnacion del infame gnomo Alberico que con el robo del Oro y la renuncia al amor inauguró los males todos de los hombres y de sus dioses. Alberico renunció al amor para conquistar con el oro los goces de la codicia y del poder, que a su vez le fueron robados y puestos por la astucia en manos de otra codicia que los perdió por su incapacidad para renunciar

al amor. Klingsor quiere renunciar al amor impuro para conquistar las bienaventuranzas de la virtud en la posesion del Santo Gral. Pero sus anhelos no son de virtud, sino de ambicion. Moralmente incapacitado para la renuncia, violenta a la naturaleza con horrenda mutilacion de su cuerpo; blasfema con ella contra la Creacion; con ella se hace mas indigno de los beneficios originarios del amor puro; implora con el pretexto criminal la proteccion del Gral, con miras a su ulterior posesion; la Orden del Gral lo rechaza; la virtud lo maldice; la maldicion le da poder de maldicion y de venganza; la soberbia le inspira astucias y magias de rencores y represalias; y Klingsor, tan impotente ya para la virtud como para el deleite pecaminoso, construye su castillo de mágicas represalias y encantamientos, poblado de ninfas hechiceras armadas de lascivia y de seducciones; movido por las mismísimas causas que a Luzbel instigaron, crearon el infierno, y constituyeron la oposicion vengativa a la obra del Creador.

El Gral, el Oro del Rhin; las fuentes de vida y de bienestar. El abuso, el robo, la profanacion; Alberico, Klingsor... Satanás. ¿Son claros los símbolos? ¿Los transluce el relato de Gurnemanz, que es la esencia de las leyendas, alambicada por Wagner en la grandeza de su pensamiento?

«Cuando Titurel, fatigado por la edad» — cuando el pasado, debilitado por la acción del tiempo —

«confió a su hijo el mando»—se desvaneció ante las transformaciones exigentes de la actualidad— «Amfortas no descansó en su empeño de poner dique a la plaga del encantamiento.» En vez de fortalecerse, quiso debelar, convirtiendo en ofensivas las armas santas de la defensa. No es poder agresivo el de la virtud; en la agresión, la virtud sucumbe; Amfortas, agresor, se entregó inconscientemente al enemigo astuto; le entregó el arma de su virtud, que el enemigo supo esgrimir contra él; y la pureza perdida infirió para siempre en el alma de Amfortas la herida incurable de los remordimientos. Sus manos, a las que estaba reservado el privilegio de tocar al Santo Gral y bendecir con él a los fieles, profanan ahora la reliquia divina con su contacto. Las ceremonias de su oficio se convierten en tormentos de su conciencia. Amfortas reniega de su oficio. El santuario y los caballeros, «huérfanos de la sublime reliquia», y despojados de la virtud vivificante del Gral, padecen y desfallecen. La virtud perdida del Rey ha herido a la comunidad toda, que gime bajo la ineptitud del soberano pecador. Sin el arma de la virtud perdida no hay salvación. Para recuperarla, hay que buscarla esta vez en el antro del enemigo, donde solo puede penetrar sin sucumbir el hombre a quien defiende su propia pureza incorruptible, impulsado por el amor compasivo hacia sus hermanos... «El sapiente por la compa-

sión, el puro inocente, espéralo, es mi elegido»...

En este punto del relato de Gurnemanz llegan desde el lago gritos de alarma... Uno de los cisnes sagrados ha sido muerto por mano alevosa, a la que maldicen los escuderos y los caballeros... No, la mano no puede haber sido alevosa... «No es senda terrestre la que conduce a la mansión del Gral, ni puede nadie pisarla sin ser por él llamado»... Esa mano no pudo ser criminal; en el delito reconoce Gurnemanz la mano de un inconsciente, de un *inocente*... Parsifal es el matador, un muchacho, un niño casi... A las interrogaciones de Gurnemanz, sus primeras respuestas revelan ignorancia, inconsciencia, *inocencia*... Las bellísimas reconvenciones del viejo despiertan en el ánimo del imberbe un sentimiento intensísimo de arrepentimiento, de contrición, de *compasión*... La historia de Parsifal y de la muerte de su madre Herzeleide, brutalmente referida por Kundry, provocan en el mozuelo exclamaciones de pueril candidez y violencia dolorosa de remordimiento... Gurnemanz ha presentado; despidió a los escuderos vengativos; interroga, investiga, provoca las revelaciones de Kundry la sapiente. «Noble como el águila pareces tu, y bien nacido», dice el viejo al muchacho. Kundry, exhausta, se rinde al sueño maldecido, del que ha de despertar en las garras de Klingsor para intentar la perdición del casto inocente... Todo revela al espectador la presencia

del elegido... Regresa de su baño el Rey, y se dirige al castillo; es la hora de la ceremonia. «Creo reconocer en ti...» Gurnemanz ha creído reconocer al elegido; le conduce al santuario para que vea, para que oiga, para que sienta. Y Parsifal ve, y oye, y siente, y de él se apodera una compasion infinita que le priva del habla y del movimiento. El viejo cree habérselas con un imbécil, y lo expulsa del templo, mientras repite en lo alto una voz las palabras del oráculo: «El sapiente por la compasion, el puro inocente...»

Gurnemanz ha expulsado al inocente, al elegido, cuya mision ha empezado a cumplirse en el despertar de su impulso compasivo. El compasivo ha presentido su mision; la mision impele a su instinto; el instinto va a llevarle a la reconquista de la Lanza, de la virtud perdida, para restituirla a la Hermandad y curar la herida del Rey.

El segundo acto es la lucha, la tremenda lucha interior de Kundry contra Kundry, mas aún que la batalla gigantesca del elegido contra las artes de la seductora. Acaso sea esta hermosísima escena la obra maestra dramática de Ricardo Wagner.

Desde las palabras de Klingsor, evocando a su esclava y despertándola del letargo fatal, se van acusando mas y mas la doble naturaleza y la índole histórica y simbólica de esta creacion sngu-

lar y personalísima del maestro inmortal. «Mujer sin nombre, diablesa originaria, rosa del infierno, que fuiste Herodías... Gundrigia allá, Kundry acá...»

Kundry despierta angustiada; el sentimiento del conjuro inunda de repugnancia su alma; adivina cual es su mision, y la rechaza; pero la presencia de Klingsor, el dueño y señor aborrecido, le inspira un terror invencible. Se sabe instrumento del mal; el mal la arrastra contra su voluntad; ella se rebela, resiste, desafía a Klingsor y le provoca. Klingsor es la fuerza de la naturaleza indomada y salvaje, que a la mujer impele y hostiga en su mision infernal de sensualidad. La serpiente, Eva, Adan... los filisteos, Dalila, Sanson... Klingsor, Kundry, Parsifal...

Los sarcasmos de Kundry provocan en el malvado un recrudescimiento de su espíritu vengativo. La resistencia es inútil; el mancebo se acerca; «el mas peligroso de todos, porque le protege el escudo de su inocencia»...—«Sólo puede darte la libertad el hombre fuerte que te rechace. Pon a prueba a ese mancebo...»—«¡No, no!...» En la resistencia, en la castidad del mancebo—del hombre—está la salvacion de Kundry—de la mujer. Pero Kundry desconfía; el hombre fuerte no ha existido para ella; Parsifal caerá como los demás; la salvacion es imposible... ¿Imposible?

El inocente, el cándido, atraído por las artes

del mago, pisa la muralla. Klingsor, triunfante, se goza en llamar a los caballeros amancebados, en hacerles abandonar el lecho de placeres para lanzarlos a una defensa imaginaria de sus «lindas diablesas», por el placer vengativo de mofarse de ellos, después de robados a la soberanía del Gral, al verlos inutilizados en su prostitucion para el ejercicio de las armas, y derrotados por el brazo potente del hombre instintivo, en cuyo rendimiento cifra a su vez el protervo su triunfo definitivo.

Las ninfas magas abandonan a los míseros vendidos para obedecer el mandato y probar sus artes en la seducción del inocente. Cariños, caricias, halagos, procacidades, nada les vale. Las astucias de la seducción vulgar obran como acicate irritante sobre el instinto indomable de la castidad, materia ignota para las flores del mal, sembradas y criadas para los encantamientos de la lascivia.

La voz de Kundry las ahuyenta. «Flores que temprano os marchitáis», sois indignas de semejante presa. Es el momento para que entren en juego las armas mayores del amor pasional avasallador, patrimonio solo de Kundry, de la mujer superior, la mas temible y perniciosa en su victoria eterna. La tosca vestidura de la penitente, la fiera huraña de la fiel mensajera del Gral, han desaparecido; Kundry es ahora la belleza femenina con todo el poder de su mágica fascinacion irresistible. El conjuro la ha envuelto y aprisiona-

do; el desempeño del mandato infernal es ya ineludible. La bellísima y tremenda escena de la seducción empieza; y en ella la lucha de las dos naturalezas, de la mujer con la mujer, de la tentadora y de la salvadora, del amor y de la perfidia, se revela en toda la dramática magnificencia y enormidad de su significacion y transcendencia, con mayor interés e intensidad trágica que la resistencia estoica, sin lucha a penas, de la robusta virtud de Parsifal.

Pugnan a brazo partido las dos Kundrys en el alma de la mujer, víctima consciente pero involuntaria de los impulsos naturales pervertidos; víctima de la seducción que sobre sí misma ejerce el deleite de la seducción del hombre; libre luego, después del pasional frenesí, para el arrepentimiento y el ansia contrita. Constreñida por la potencia del conjuro—el estímulo indomable de los sentidos—las artes y las astucias todas de la materia en irrupcion acuden al ingenio femenino para rendir al mancebo que del ambiente primitivo de la montaña y de la selva ha pasado a la experiencia del mundo con el sentimiento de la compasion, despertado por la muerte del cisne y por los sufrimientos de Amfortas, y no con el de los placeres de la voluptuosidad que en la juventud sin guía se desarrollan al contacto prematuro con la hembra humana. Ser excepcional, este del hijo de Herzeleide, en el que Wagner cifra la esperanza única de redención para

la humanidad, porque la humanidad marchó a su desdicha social por los caminos del apetito sin freno en sus manifestaciones varias de lujo y lujuria, vanidad y dominio, ostentacion y riqueza, corrup-tela de todos los dones de la creacion.

«Sólo puede darte la libertad»—emanciparte de las cadenas del mal—«el hombre fuerte que te rechace»—el alma masculina inaccesible a esas tentaciones todas de la materia, que en el alma femenina hallan para el hombre estímulo principal. Kundry, la mujer, no conoce al hombre fuerte. Conoce a Parsifal el mancebo, presente en él al hombre débil, adivina su mision, y se resiste a apartarle de ella, *temerosa* de vencerle, segura del poder del sortilegio. «Débiles todos... todos caen conmigo, arrastrados por mi maldicion»... la maldicion que la religion hace oriunda del pecado original. Y para rendir a este hombre excepcional, de modo excepcional tiene que obrar el sortilegio en la mujer a quien su perdicion ha sido encomendada.

Así comienza la astucia de Kundry esclava por apelar a la misma pureza de los sentimientos hechos arraigar por los amores y desvelos maternas en el alma ineducada del muchacho. Apela en primer término a su amor filial, buscando en asociacion de estímulos su desemboque en el amor carnal, semejante al que le engendró. La primera resistencia del mancebo, ante el ardor del primer

beso de pasion, que sólo evoca en él un recrudescimiento de su compasion en el recuerdo de la caída del Rey doliente, en Kundry provoca un movimiento irresistible de admiracion, rayana en un amor místico y no desprovista de vaga esperanza.

El conjuro redobla su esfuerzo nefasto, y la re-nuente seductora se ataca entonces al mismo instinto de compasion que su primera tentativa ha despertado. La insistencia de la hechicera conduce al «inocente» a la presciencia de su mision salvadora, y a esa mision salvadora apela entonces la desgraciada para convertirla en instrumento de perdicion. Porque las codicias intentan, en nuestra vida social, y demasiado logran, la desviacion, la explotacion y la consiguiente corrupcion de los mas hermosos, los más elevados tesoros del sentimiento humano. Kundry es, según las palabras de Alfredo Ernst, «la belleza, de predestinacion santa, pervertida por el espíritu del mal».

Mas firme que nunca, el indómito mancebo la rechaza ya sin apelación. El eterno femenino se desata entonces en tempestad de maldiciones, con el espíritu rencoroso de la hembra vencida y anulada en el arma más poderosa de su prepotencia mundana. El conjuro está agotado. Surge el mago infernal con la Lanza santa que no sus manos indignas, sino la virtud misma del arma profanada, había convertido en castigadora del Rey sacrílego.

La Lanza de Pureza había herido la carne impura de Amfortas, por haber entregado a la mano aciaga la virtud en que descansaba la fuerza de la Hermandad del Gral. Esa arma, lejos de prevalecer contra el hombre puro y casto, halla en sus manos nuevo y digno custodio; y por él esgrimida, destruye las magias del poder satánico que a los hombres la hurtó. El Hombre ha resistido a ese poder en su baluarte más temible; y libre de ese poder, la Mujer se ha redimido, y será para el hombre compañera y sosten en el amor casto del hogar.

Este es el desenlace verdadero del drama; la destrucción del poder maléfico, corruptor de la materia para convertirla en obstáculo formidable contra las intenciones de la Voluntad que la creó.

El tercer acto es el completo del símbolo, el desenlace de Arte, de Belleza y pensamiento. El hombre niño, el simple, el puro, el inocente, primitivo e incorrupto, el Sigfredo cristiano y místico, libre ya, consciente y volente, ha triunfado, ha recobrado el poder salvador secuestrado. Falta solo el cumplimiento definitivo y coronamiento de su misión en el reino del santo Gral. A ello oponen resistencia desesperada los elementos aún emponzoñados por las artes destruídas del mago, y ejecutores de la maldición de Kundry: «No has

de encontrar el camino que buscas. Todos los senderos que te aparten de mí, yo te los maldigo. ¡Anda, vaga y yerral! El error y el engaño, que tan bien conozco, esos son los guías que te consagro yo!» Tales son las últimas palabras de la mujer hechizada. Vagando y errando, extraviado por el engaño, en guerra contra todo aquello que al salvador teme y en él contempla al enemigo de sus vicios y ambiciones; intacta la Lanza de Pureza y no mancillada con la sangre ni con el contacto de las depravaciones, llega el vencedor a los sagrados dominios del Gral, desde los cuales su misión ha de ser cumplida.

Allí la Tradición, incólume en la persona del viejo Gurnemanz, emigrante del templo por la ocultación del Gral que en el anciano Titurel ha dado muerte al espíritu imperioso de los tiempos pasados, reconoce en el reconquistador de la Lanza al elegido, al profetizado por el oráculo, al llamado para sanar la Herida Humana, para regenerar a la Hermandad, para recoger la herencia abandonada y restituir al Gral, a la Fuente del Bien, en el brillo y poderío de sus virtudes. Allí la Mujer, Kundry, regenerada por la casta entereza masculina, ayuda a Gurnemanz, y entrambos ungen y veneran como Rey al Victorioso. Gurnemanz le conduce al templo, donde han de celebrarse las honras fúnebres de Titurel en la conmemoración del Viernes Santo. Amfortas ha prometido, como

penitencia y en holocausto a su venerando padre, desempeñar por última vez su oficio, descubrir por última vez el Gral, y bendecir con él, por última vez, a los Caballeros exhaustos por la falta del alimento divino. En el momento supremo, Amfortas se resiste de nuevo; el sacrificio es superior a sus fuerzas; la muerte le es necesaria; rehusa el cumplimiento de su promesa. Es el momento en que llega Parsifal, con la Lanza en alto, el emblema de la Pureza, que pone en contacto con la llaga impura del Rey. La herida queda sanada; devuelta a Amfortas la paz de la conciencia; destruídas las torturas del remordimiento; restituída la virtud del arma santa a la Hermandad de los Caballeros del Gral. El nuevo Rey descubre el cáliz sagrado, y bendice. El Rey muerto se incorpora en su féretro, elevando al Señor su última oracion de alabanza. La Hermandad, fortalecida de nuevo, y libre de las asechanzas enemigas, renace al desempeño de su mision sobrehumana. Amfortas, con ellos, rinde homenaje al enviado de Dios. «¡Redencion al redentor!»

Temo haberme extendido demasiado, y excedí-
dome en mi conato de explicacion moral y simbólica de esta obra, única en la literatura, en la música, en el arte universal. Lo temo por consi-

deracion a la paciencia del lector, y lo temo por respeto a los fueros misteriosos del simbolismo. Pero, si he pecado de extenso y excesivo, con todo mi glosa es muy incompleta. El simbolismo es ya terreno peligroso para el poeta; tanto mas para quien intenta la exégesis. El poeta, sobre todo cuando, como Wagner, realiza con acierto la empresa temeraria y genial de un simbolismo absoluto, extendido a todos los personajes, a todas las situaciones y a los detalles todos del drama, ha de dejar forzosamente en obscuridad o en penumbra muchos puntos de la maraña, que la clara luz perturba, que a veces el autor mismo no sabría desintrincar, y que mejor se están donde puede alcanzarlos el sentimiento con más eficacia que la razon. Chamberlain, tan entendedor de los secretos del pensamiento wagneriano, nos previene contra los riesgos de las exégesis demasiado indiscretas. Ernst, en su amplio estudio acerca de la mision simbólica y moral de todos los personajes wagnerianos desde Senta y el Holandés hasta Kundry y Parsifal, no rebasa los límites de un gran boceto difuminado, que con mucha frecuencia tiente y deja sin satisfacer, a pesar de su recta orientacion, la por lo visto insana curiosidad de los escudriñadores. No quisiera ser culpado de semejante indiscrecion.

Se ha hablado mucho, como mas arriba queda indicado, de la influencia que en la mentalidad de Wagner ejercieron ciertos filósofos germánicos, Schopenhauer sobre todos. Tan incierta podría considerarse la influencia de esos sistemas filosóficos como la de los sistemas teogónicos y teológicos que por esa potentísima mentalidad pasaron, dejando en ella cada uno la parte de substancia que al espíritu de nuestro poeta convenía para que todo convergiera a su propio sistema individual. Wagner tuvo, entre sus mayores talentos, el de fundar credo personal en una base firme de lo que él llamaba «humanidad pura»: concentracion de esencias dispersas para la extraccion de una sola esencia universal. Es, como antes se ha dicho, la mision del genio.

Tan acertados pueden andar los que señalaron en Wagner un hijo intelectual de Schopenhauer, como los que al contemplar su *Parsifal* han creído o querido ver un desenlace de su largo proceso espiritual en una mas o menos disimulada fé católica o por lo menos cristiana. Fé cristiana—y sobre todo fé católica—es una cosa; y otra cosa es una admiracion preferente por las enseñanzas del fundador del Cristianismo, como expresion mas perfecta del credo humanitario de redencion por amor, por conmisericordia y por renuncia, constantemente proclamado por Wagner en el simbolismo de sus obras.

Buscó Wagner este credo, este ideal, en la materia docente y emblemática de religiones diversas. Lo halló diluído y confuso en la mitología escandinava; mas claro en los símbolos del budismo, que le inspiraron un poema inédito precursor del *Parsifal*; y por último lo halló puro en los símbolos y palabras del Cristianismo.

Así como Wagner definió su arte con la formula del «drama engendrado por el poeta en el seno de la Música», podría decirse que su *Parsifal* fué engendrado por esencias de religiones en el seno del Cristianismo. Pero ¿es Parsifal un drama religioso, un drama cristiano, la obra de un creyente improfeso, como muchos lo consideran? ¿O es un drama puramente moral y social, como la Tetralogía del Anillo, su precursor? Sentiré desvanecer ilusiones, pero he de ser sincero. No existe religion alguna cuya base no sea la creencia en lo sobrehumano y en el más allá de la tumba. Buscad en *Parsifal* el más allá, y solo lo hallaréis en su aspecto simbólico. Buscadlo en el *Anillo* y lo encontraréis pasto de las llamas. Buscadlo en *Tristan*, y lo veréis equiparado a una aspiracion de aniquilamiento. No revela nuestro poeta en ninguno de estos tres dramas que—aparte los *Maestros Cantores*—representan la virilidad de su pensamiento, otra cosa que un ideal de regeneracion terrenal, humana, en el sentido etimológico de esta última palabra; programa o esque-

ma para una radicalísima evolucion moral multi-secular, salvadora de la humanidad doliente *ante mortem*, aunque exteriorizado con auxilio de los símbolos mitológicos y teológicos.

Cual fuera la fé de Wagner en materia religiosa, es punto indiscutible por indescifrable, si alguna tenía. No dudoso es para mi, sin embargo, que en *Parsifal*, a diferencia del *Anillo*, se insinúa para la regeneracion humana la necesidad de una fé religiosa, como único sosten posible de una fé moral, y basada en las enseñanzas de Cristo; concentrando, como las Escrituras, en la atraccion sexual prostituída, el concepto de conjunto esencial, o causa originaria—pecado original—de los vicios, ambiciones, codicias, los males *todos*, que desviaron a la humanidad de sus destinos, acarrearon su criminalidad y desdichas, y constituyeron el simbolismo infernal de tentacion y perversion.

Pero en la mano de Wagner veo siempre enhiesta la espada *Nothung*, en protesta permanente contra le *Lanza de los Pactos*.

J. FESSER.

Diciembre 1913.

*Fué impreso este libro en la villa y corte
de Madrid, en la «Imprenta Clásica
Española» (Caños, 1, duplicado),
durante el mes de Diciembre
del año
M.CM.XIV*

